

## UN LECTOR NEOCLÁSICO DE BOSCÁN

Alberto Blecu  
Universitat Autònoma de Barcelona

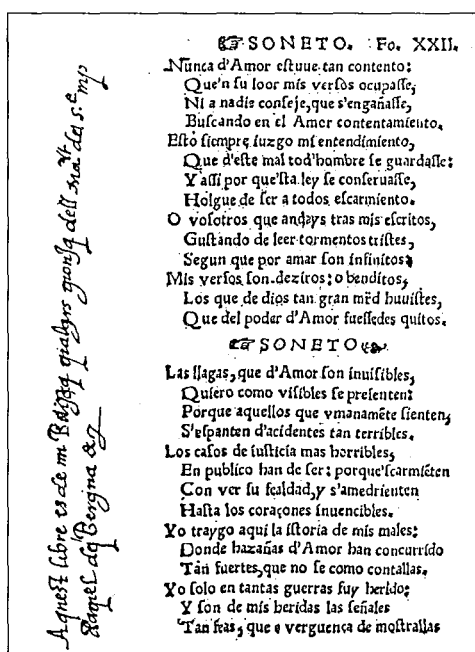
A Russell P. Sebold,  
ejemplar hispanista,  
maestro ilustrado,  
queridísimo amigo,  
en tardío homenaje.\*

### LECTORES GRAFÓMANOS

Hay lectores que no pueden reprimir el contacto dialéctico con los textos sin dejar constancia escrita de sus afinidades y sus disidencias. En su mayoría, esas apostillas y glosas desperdigadas por márgenes e interlíneas apenas presentan mayor interés que suscitar las iras de los futuros poseedores del ejemplar, que, en el caso de los bibliófilos *bibliófilos*, puede llegar a grados de iracundia poco comunes. En otros, no digo ya las anotaciones de profesionales como Petrarca y los humanistas en general -v.g. las notas de Quevedo a una edición de la *Poética* de Aristóteles, recién descubiertas<sup>(1)</sup>-, esas apostillas sobrepasan el valor de lo anecdótico. Pertenecen al tipo de las notas que incluyó Tamayo de Vargas en su edición de las *Anotaciones* de Herrera a Garcilaso. Modélico ramillete de improprios estéticos<sup>(2)</sup>.

El solo hecho de la firma del poseedor del libro ya es de por sí significativo. Sorprende, por ejemplo, que el volumen de la *Cuarta Parte* de las comedias de Lope de Vega (Madrid, Vargas, 1614), donde se incluye *Peribáñez*, que se custodia en la Biblioteca Nacional (R. 24987), pudo pertenecer al propio autor, que firmó en la portada y que, por cierto, no corrigió ninguna de las erratas que pueblan el texto<sup>(3)</sup>. Como curiosidad, pero que atañe, como veremos, al tema del presente artículo, señalaré que un ejemplar de la primera edición de *Las Obras de Boscán y algunas de Garcilaso de la Vega* (Barcelona, Amorós, 1543) pertenecía al mediar el siglo XVI a una monja del monasterio de San Daniel de Gerona, que indicó la propiedad del libro no en la portada sino en el margen izquierdo del folio XXIIr, justo donde comienza el Segundo Libro que se inicia con el célebre soneto I: *Aquest libre es de mi Luisa Malars monja dell monasteri de Sant Daniel de Girona dg.*<sup>(4)</sup> Desde luego que era «buen tiempo»<sup>(5)</sup> aquel en que hasta las monjas catalanoparlantes leían a Boscán y

Garcilaso en la soledad de sus celdas, sin demasiados, suponemos, escrúpulos de conciencia. Se comprende que San Juan de la Cruz conociera muy bien a los dos autores y que Sebastián de Córdoba los publicara *a lo divino* en Granada en 1575, con reedición en 1577.



Con frecuencia la cólera de los lectores de ejemplares apostillados no se limita al silencio dialéctico y les mueve tal pasión dialógica, que apostillan las apostillas desde su perspectiva ideológica o estética. Un célebre ejemplo son las vehementes anotaciones del Greco a su ejemplar de las *Vite dei piu eccellenti pittori... (1568)*, de Vasari, complementadas por las de Zuccaro y Tristán, su anterior y posterior poseedor<sup>(6)</sup>. A veces, la distancia cronológica entre los apostilladores es breve y sus observaciones apenas revelan otra cosa que actitudes estéticas complementarias,

pero en ciertos momentos de tránsito estético importantes, ese lapso corto no impide advertir las enormes diferencias que separan a los apostilladores<sup>(7)</sup>. Me ocupo aquí de uno de estos casos muy interesante para la recepción de Boscán en los siglos XVIII y XIX. Permítaseme hacer antes, porque es necesario, un rápido repaso a la fama póstuma del poeta barcelonés para situar a los dos lectores y anotadores del texto de *Las Obras de Boscán y algunas de Garcilaso de la Vega* en la primera edición de Amorós.

#### FAMA PÓSTUMA DE BOSCÁN

En 1569 la poética de Boscán, que tan importante había sido para la difusión de un petrarquismo ausiasmarchiano, no estaba de moda entre los lectores españoles. Tanto es así, que sus obras completas no se vuelven a imprimir en la península<sup>(8)</sup> desde la edición alcaláina de 1575, salvo a lo divino, hasta la de Knapp de 1875. Garcilaso, divorciado de Boscán<sup>(9)</sup>, siguió publicándose con buen éxito en la manual edición del Brocense hasta 1612. Lope se lamentaba ya del desprecio que sentían los jóvenes por el *dulce Laso*<sup>(10)</sup>. La difusión del *Polifemo* y de las *Soledades* arrinconó esa maravilla de poética renacentista que, en efecto, estaba desgastada por la imitación. Todavía hubo un movimiento de defensa, podríamos llamar *preneoclásico* -salvo el guante al término<sup>(11)</sup>-, por aquellos años y que tuvo por uno de los paladines a Quevedo, que se sentía ideológicamente descendiente de los grandes humanistas independientes del siglo XVI. Las poesías de don Diego Hurtado de Mendoza, sin las obras de burlas, se publican en 1610 -probablemente, por mano de Cervantes-; las de Medrano, en 1617; las de Herrera, en 1619; las de Figueroa, en 1626; las de fr. Luis y Francisco de la Torre, en 1631. Todavía Tamayo de Vargas, amigo de Quevedo, a quien cita además como ingenioso ecdótico que ha sugerido una enmienda a un verso de Garcilaso, publica las obras de éste con un exiguo comentario en 1622. Hay que llegar a 1765, cuando Azara -en el anonimato- vuelve a editar al príncipe de los poetas españoles<sup>(12)</sup>. En el *interim* había aparecido en León de Francia la última edición de las obras de Boscán y Garcilaso -Huguetan y Ravaud, 1658-, pero se trata de una edición del siglo XVI -Lyon, Juan Frellon, 1549- con portada y primer pliego nuevos, como indicaron Knapp y Menéndez y Pelayo<sup>(13)</sup>. El título ya denota de por sí el concepto que tenían los editores lioneses de la poesía y del sentimentalismo de esas antiguallas que había que vender para sacarse de los almacenes un fondo inútil: *Los Amores de Juan Boscán y de Garcilaso de la Vega. Donde van conocidos los tiernos corazones de nuestros abuelos*. Lo de *tiernos corazones*, sin embargo, prelude a actitudes dieciochescas, como veremos.

Menéndez y Pelayo<sup>(14)</sup> ha trazado con su singular pericia la fama póstuma de nuestro poeta, en general escasa y negativa en el siglo XVII salvo Lope y Faría y Sousa, incluido el propio Gracián,

que no lo menciona en la *Agudeza* y, en cambio, en *El Criticón* le dedica dos juicios malévolos. Dice el segundo (*Criticón*, II, 4): «Descolgó [la diosa de la Poesía] una viñuela, tan de marfil que afrentaba a la misma nieve, pero tan fría, que al punto se le helaron los dedos, y hubo de dejarla, diciendo: En estas rithmas del Petrarca se ven unidos dos extremos, que son su mucha frialdad con el amoroso fuego. Colgóla junto a otras dos, muy sus semejantes, de quienes dijo: Estas más se suspenden que suspenden, y en secreto confesóles eran del Dante Aligero y de el español Boscán». Comenta don Marcelino: «¡Qué idea tendría de Dante el buen Padre!»<sup>(15)</sup>.

A pesar de que Luzán repita buena parte de los juicios de Herrera sobre Boscán en las *Anotaciones*<sup>(16)</sup>, sí había leído al barcelonés, pues en una de las tres citas incluye el soneto I<sup>(17)</sup>. No lo menciona Lanz de Casafonda [1761] en la lista de poetas ilustres que recomienda a Bartoli su profesor de español<sup>(18)</sup>, aunque conocía la obra de Luis Joseph Velázquez, *Orígenes de la Poesía catellana* (Málaga, 1754). Velázquez se refiere a Boscán con las siguientes palabras: «Juan Boscán, según él mismo confiesa en el prólogo al libro segundo de sus Obras, se aplicó a introducir en la Poesía Castellana el estilo y Rhythmo de los Italianos a persuaciones del Navagero, que había venido de Embaxador de Venecia a Carlos V, con el qual Boscán trató familiarmente en Granada. Compuso Sonetos, Canciones, Sátyras, Élogas pastoriles, passando a traducir del griego de Museo la fábula de Leandro y Hero, y de Eurípides una tragedia» (p. 56)<sup>(19)</sup>. Y lo vuelve a mencionar de pasada al tratar de los iniciadores de la elegía e idilio (p. 133) y de los traductores de la tragedia, la perdida de Eurípides (p.147)<sup>(20)</sup>.

No parece que circulara ningún texto de Boscán, a excepción del soneto I que incluyó Luzán en la *Poética*, antes de la *Retórica* de Mayans, impresa en 1757 y reeditada con cambios en 1786-1787. Varios textos de Boscán, «ingenioso poeta barcelonés», se incluyen entre los ejemplos retóricos: «Mi mal está en crecimiento»; el soneto «Bueno es amar, pues, ¿cómo daña tanto?»; y tres versos del *Leandro* («I allí tras ella el sol con sus cavallos.»; y «Los nombres de los quales eran éstos: / era Leandro el dél, y ella de Hero.»)<sup>(21)</sup>.

Hay que llegar al *Parnaso Español* de López de Sedano para que este mínimo acervo boscaniano se enriquezca un poco. Esta notable antología se presentaba como un intento de llevar a cabo, en parte, los proyectos culturales de la *Academia del Buen Gusto*<sup>(22)</sup>. Compone Sedano<sup>(23)</sup> esta extensa selección con el propósito de «que, en adelante pueda servir de *Modelo para fijar el buen gusto de la Nación sobre esta parte de nuestra bella Literatura en todas, y en cada una de sus especies* (cursiva del autor).» (I, p. III). Tras un elogio del barcelonés en el vol. II (p. XVI): «no se podrá presentar Obra mas arreglada, y perfecta entre cuantas de su naturaleza fueron, así en el tiempo de nuestro autor, como en lo sucesivo, uno de los

mas comunes ejercicios de los Poetas; bien que no el de más buen gusto en la Poesía.»), en el vol. IV (Poema I) incluyó la *Epístola* de Hurtado de Mendoza a Boscán («El no maravillarse hombre de nada») y en el vol. VIII (pp. 373 y 387) la contestación de Boscán («Holgúe, Señor, con vuestra carta tanto») y la canción «Claros y frescos ríos», y dedica las pp. XXXVI-XXXIX a unos cuantos juicios generales sobre las obras de estos «Reformadores de la Poesía, y aun de la Lengua Castellana».

Esta esquelética antología de Boscán se completa antes de acabar el siglo con las selecciones bilingües, hispanoitalianas, de Conti y de Masdeu<sup>(24)</sup>. La *Colección de Poesías castellanas traducidas en verso toscano* (Madrid, 1782), que recoge los dos poemas incluidos por Sedano, otra canción petrarquista y seis sonetos. En las *Poesie de veintidue autori spagnuoli del Cinquecento* (Roma, 1786), el P. Masdeu, también barcelonés, se incluye la consabida canción «Claros y frescos ríos», una selección de la *Octava rima* y siete sonetos.

El panorama trazado por Menéndez y Pelayo en el siglo XIX es aún más sombrío, pues no se incluyó ningún poema suyo -aunque sí casi todo Garcilaso- en la *Colección de Autores selectos latinos y castellanos* de la excelente reforma escolar de 1845<sup>(25)</sup>, y ni siquiera mereció pasar más que con media docena de sonetos a selección de los *Poetas líricos del siglo XVI*, preparada en 1857 para la BAE por don Adolfo de Castro. Comenta don Marcelino: «Como se ve, Boscán ha debido mucho más a la investigación de los extraños que a la de los propios. Los que aprecian sus versos con los ojos y no con los oídos (y es el caso principalmente de los críticos alemanes [se refiere a Dieze y a Knapp]) pueden ser más indulgentes con él, porque realmente no carece de ideas y afectos, que es lo substancial de la poesía.

Pero en Castilla nunca será muy estimado por la deficiencia del ritmo y de la dicción poética, y en Cataluña es notoriamente impopular porque se le achaca, sin fundamento alguno, haber sido el primero que hizo traición a la lengua nativa, y con el prestigio de su nombre y de sus escritos dio el golpe de muerte a la literatura de su país y aceleró la triunfante dominación del castellano. Hoy continúa siendo tan verdad como en 1817 lo que decía Moratín en una de sus cartas: «Si preguntas por el Señor Joan Boscán Almogáver, ninguno te da razón de tal caballero en todo el principado.» (*Op. cit.*, p. 374)<sup>(26)</sup>.

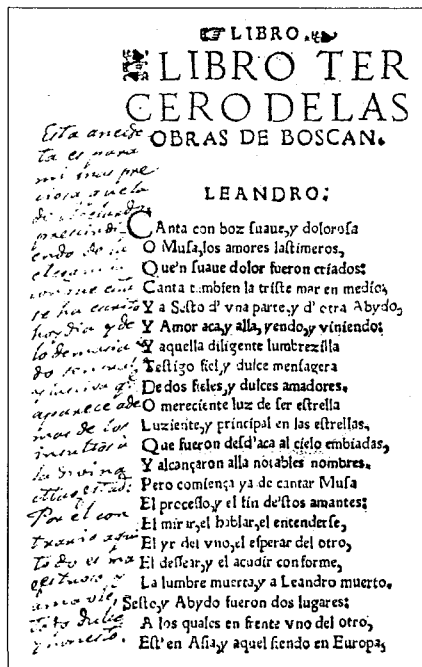
#### EL APOSTILLADOR APOSTILLADO

Como se ha indicado, un lector de finales del siglo XVIII anotó la *princeps* de Boscán y Garcilaso, que entonces era una primicia, pues se consideraba como tal la de Medina del Campo de 1544. Se trata de un ejemplar de la primera edición de *Las obras de Boscan y algunas de Garci Laso de la Vega* (Barcelona, Amorós, 1543), que tuvo la delicadeza de obsequiarme mi querido amigo Pelegrín Haro hace ya bastantes años. Es un ejemplar *fatigado* que, aunque incluye el colofón, se halla falto de portada y preliminares, y fue utilizado para completar otro de la misma edición<sup>(27)</sup>. Un lector anónimo de finales del siglo XVIII lo subrayó, acotó y anotó en numerosos lugares de las obras de Boscán, pero dejó casi limpio el Libro Cuarto, el de las obras de Garcilaso, lo que denota que ya las conocía en la edición de Azara. Otro lector, de mediados del siglo XIX -o quizá más tardío, por la caligrafía- apostilló con sarcasmo algunas de las anotaciones del anónimo lector neoclásico, que -ya anticipo- ha sido, sin duda, el más afectuoso y cordial admirador de Boscán de todas las épocas, pretéritas y presentes, sólo en competencia con Antonio Armisen<sup>(28)</sup>.

Por la grafía y ortografía, lo más probable es que este anónimo y exquisito lector de Boscán viera la luz en algún lugar de España, quizá Cataluña, aunque no hay ningún rasgo, aparte de la atracción por el poeta barcelonés y unos versos de rara acentuación, que delaten su procedencia en el tercer cuarto del siglo XVIII<sup>(29)</sup>. Aunque leyó muy bien la obra completa de Boscán, como denotan las acotaciones, su interés se centró en el *Leandro* y en menor medida en la *Epístola* a don Diego Hurtado de Mendoza y en la *Octava rima*.

Como se alude a una reciente publicación o difusión de la «anécdota»<sup>(30)</sup> de Abelardo y Eloísa al margen del comienzo de la fábula de *Leandro*, se puede deducir que esas notas marginales son posteriores a 1792 o 1796. Dice la apostilla:

Esta anecdota es para mi mas preciosa que la de Abelardo, prescindiendo de la elegancia con que esta se ha escrito hoy día y de lo demasiado sensual y lasciva que aparece ademas de los insultos à la divina Magestad. Por el contrario aqui todo es magestuoso y amavle, todo dulce y honesto. (fol. LXXIIIv).



Podría aludir a alguna traducción francesa del epistolario original de Abelardo y Eloísa, la *Historia Calamitatum*, pero lo más probable es que se refiera a las adaptaciones, inglesas, francesas y españolas, de esa «anécdota». Y verosímilmente alude a la adaptación en octavas de la *Epístola de Heloísa a Abelardo* de Pope -autor muy leído en el círculo de Olavide-, llevada a cabo por Maury en 1792 y prohibida en 1796, o a la de Marchena, adaptación de la francesa de Colardeau, a su vez también basada en Pope de 1796, prohibida asimismo en 1799<sup>(31)</sup>. Las frases «sensual y lasciva [...] los insultos a su divina Magestad» son calco léxico de los utilizados en las censuras de la época<sup>(32)</sup>. Hacia los alrededores de 1800, o ligeramente antes, situaría yo esas apostillas a Boscán, tanto por la grafía y ortografía como por esta referencia histórica, la única que ese lector neoclásico desparramó por los márgenes. La anécdota de Abelardo y Eloísa era similar a la de Hero y Leandro en Museo y en Boscán, pero aquella no guardaba el decoro moral que se exigía en la época o decía guardarse: «todo es magestuoso y amable, todo dulce y honesto». Mucho Horacio había aquí. El anónimo lector, sin duda, comulgaba con las ideas de los censores, pues no necesitaba incluir esa apostilla, pero al mismo tiempo admiraba la anécdota y la «elegancia» en que estaba escrita. Quizá la antedicha monja Luisa Malars, que poseía la primera edición de Boscán y Garcilaso, leía también con deleite la fábula de Leandro y Hero, mezclando, naturalmente, lo útil con lo dulce.

El buen lector está y ha estado enamorado. La lectura de la fábula de Museo revivido a través de Boscán -para él, dos clásicos<sup>(33)</sup>- está hecha con tal *simpatía*, que se acerca a ella como si fuera su caso personal y, en realidad, el de todos los tiernos enamorados, puros y sensibles. Boscán es para él un contemporáneo en cuanto a la capacidad de transmitir en sus versos los mismos afectos que recorrían el sentimentalismo de su tiempo, en lírica, novela y teatro. Un suave tono *larmoyant-neoclasicismo sentimental* lo ha denominado Aguilar Piñal<sup>(34)</sup> - y a la vez un fino sentido de la introspección del sentimiento amoroso. Unos ejemplos por orden de aparición, pues no es posible una clasificación por temas cerrada. De hecho, es el amor el hilo que engarza a todas esas *perlas* para la historia de la recepción que son sus anotaciones<sup>(35)</sup>.

1

*Leandro, desde vio oportuno el tiempo  
a Hero se llegó, con tanto miedo,  
que apenas pudo Amor obrar su fuerza.  
Provó a callar y estarse padeciendo  
su miseria entre sí, pero no 'stava  
tan de espacio, que 'star callando osasse;  
y así empecó de hablar, su boz temblando,  
sus rodillas también, que no podían  
la carga sostener del triste cuerpo.  
Dixo mal su razón y por mal cabo.*

Comenta nuestro neoclásico en plena identificación con esa fase inicial del amor en la que se declara

el sentimiento y que es idéntica en todos los enamorados que han sido y serán:

A: «Lo que siempre succede» (fol. LXXXv).  
Apostilla el lector materialista decimonónico:  
B: «¡ah bobos!»

2

*Agora colorada, ora amarilla  
d'amarillez que apenas se mostrava,  
señalava otra vez algún empacho.  
Con varios y confusos movimientos  
componía sin tiempo sus cabellos;  
la mano alçava a concertar su toca,  
no hallava lugar para su manto;  
acá y allá se hallava rebolviendo  
sin saber cómo star, cómo ni dónde.*

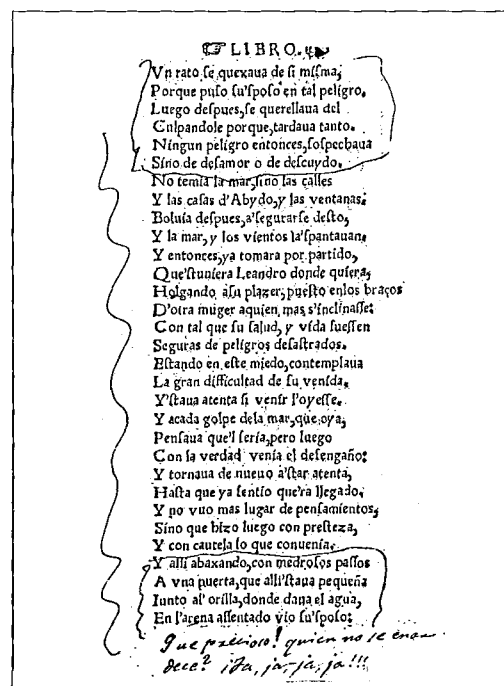
A: «Que bien pintado el amor y el pudor de una joven!»

B: «¡Magnifico!» (fol. LXXXIV).

3

*Es cosa que quiçá nunca s'a visto  
esto que agora aquí contigo passo;  
ya puede ser, que muchas lo an passado  
consigo solas, o con sus amigas,  
con ellas descansando de sus males.  
Mas yo, pasallo assí sin más rodeo  
contigo, de quien yo devo guardarme,  
Amor esto no sé si puede hazello;  
sospecho que's algún pecado mío,  
o quiçá la sobervia de mis padres  
que siempre confiaron en mí tanto,  
que alguna vez, oyendo hablar d'algunas  
que uvieron por amor hecho algún yerro,  
luego dezian: ¡Quán lexos nuestra hija  
de verse en otro tanto, por más fuertes  
que fuessen los combates que le diessen!*

A: «Muy monos y muy deliciosos son estos razonamientos.» (fol. LXXXVlr).



4

A: «Que precioso! Quien no se enardece?»  
 B: «¡Ja, ja, ja, ja!!!» (fol. CVIIIv).

5

TERCERO. Fo. CIX.

Goteando la mar de sus cabellos,  
 Alcançando s'vn huelgo con el otro,  
 No pudiendo mostrar fino canfaco,  
 Tenfendo tanto que mostrar entonces,  
 Y allí corrió atomalle entre sus braços,  
 Abrazándole muy estrechamente,  
 Sin podelle dize le ni vna palabra,  
 Y despues ya que'n esto llano vn poco,  
 Empeño de tomalle por la mano,  
 Para leualle arriba a su aposiento,  
 Y en tinjendo l'allí viéndole lasso,  
 Y enfalgado del'agua, y del'arena,  
 Con sus cabellos le fregava el rostro,  
 Con su traçado l'alimpiaua el cuello,  
 Y con sus mangas anchas de camisa  
 Los braços, y los pechos l'enxugava,  
 Y en el lugar do las amargas aguas  
 Su vileza y hador dexado auian,  
 Otras aguas d'olor pufo preciolas,  
 Como aquellas que Venus de sus manos,  
 Como y rebolulo para Vulcano;  
 Quando con sus regalos y dalguras,  
 Le hizo fabricar las fuertes armas,  
 Con las quales a Turno maio Enas,  
 Despues, que allí l'estuuo regalando,  
 Con sus lagrimas eternas, y gozofas,  
 Empeole d'hablar estas blanduras,  
 Mi dulce bien, mi dulce sposo, y dulce  
 Coraçon mio por quén, todo me's dulce,  
 Pudiste tu mi bien, tan gran trabajo  
 Y peligro passar, como as pasado;

*U que sea  
sensible y  
este amador  
de, lea el  
to con in  
tami-  
tion, pu  
e sino no  
le da facil  
que una  
pintura  
tan viva  
le permiti-  
ta d'acaba-  
sin ruce  
de le abo-  
que mien,  
de su ma-  
debe l-*

*Exp. un co-  
250*

A: «El que sea sensible y esté amando, lea esto con intermision; pues sino no sera facil que una pintura tan viva le permita acavar sin sucederle algo.»  
 B: «¡Pues señor, nada me ha sucedido!» (fol. CIXr).

6

*con sus cabellos se fregava el rostro*  
 B al margen izquierdo: «Vaya que caprichos» (fol. CIXr).

7

*Descansa ya, mi bien, en estos braços,  
 echa acá tu sudor y tus trabajos;  
 pon en mi rostro el amargor del'agua  
 que'n el tuyo se puso iniustamente.  
 Buélvete a mí y en mi toma vengança  
 del viento y de la mar y de la noche.»  
 Entrégate de quanto has trabajado  
 entrégate de quanto has padecido,  
 y entrégate de mí, que esté entregada (36).*

A: «puede decirse mas?»  
 B, con ironía, al parecer: «Superlativo»  
 «Magnifico» (fol. CIXv).

8

*No fueron estas bodas con padrinos*  
 (subrayado por A)  
 B: «No fueron estas bodas cosa» (fol. CX).

9

*Hero quedava dentro, en l'alta torre  
 mirando en su ventana y escuchando  
 como desamparada en tierra agena.  
 Poco menos dolienta y afligida  
 que la hija quedó del rey de Creta  
 al tiempo que Theseo la dejó sola,  
 olvidada en la isla entre alimañas.*  
 A: «Que fino y que amoroso!» (fol. CXv).

10

*Otra vez hubo d'encender la lumbre,  
 otra vez le fue fuerça que'ncendida  
 la llevase a poner en su ventana,  
 poniendole reparos contra'l viento.*

A: «Esto es lo mas poetico y pintoresco: este empeño de Hero en poner la lumbre, conque tino no esta dicho?» (fol. CXVv).

11

*Temiendo aquello que temer no supo,  
 y en este punto s'ofreció, tras todo,  
 oír acullá lexos grandes bozes  
 y llantos de una nao que se perdía.  
 Saltóle'l coraçon dentro en sus pechos,  
 mudósele'l color de las mexillas  
 y púsosele enhiesto su cabello,  
 viendo presente allí su muerte viva.  
 Entonces, sus rodillas por el suelo,  
 bolviendo al cielo sus cansados ojos,  
 a los mayores dioses y menores,  
 a todos invocó con grandes ruegos,  
 y a Venus y a Neptuno más que a todos,  
 con lágrimas diciendo estas palabras:  
 «¡O santa Venus que en la mar naciste...*

A: «que figuras, que suspensiones tan elevadas, que ficciones tan bien traidas!»  
 «Que deprecacion mas energetica!» (fol. CXVlr).

12

TERCERO. Fo. CXVII.

Pero ya podeda mas tu santo pecho  
 Con las blanduras, que d'Amor te quezant;  
 Que no el bravo furor, de mi fortuna,  
 Con la dureza de mi nacimiento,  
 Si de mis pocos años no te dueles,  
 Dueles, de los muchos de mi padre,  
 Y de los fuertes llantos, que la triste  
 De mi madre, hara, quando supiere,  
 El defaltrado y enero de muerte,  
 Que me llano aguardado entre tus ondas  
 Considera el morir que ha de ser este,  
 Ir yo a mi bien teniendole tan cerca,  
 Y en la tda morir ante sus ojos,  
 Ir aprisa, allegar do'ltá mi vida;  
 Y coparición la muerte, en el camino,  
 Veré mi luz, que me llara llamando,  
 Teme la mar, que me andata forbiendo.  
 Lleuarm' a el aboroso, de la torre  
 Y enterrarm' ha, del'agua la braueza,  
 Pensare yo, llegar donde'ltá Hero,  
 Para gozar de toda su bermosura,  
 Y a trueque delto, llegare a lo hondo,  
 Para ser allí muerto entre los peces.  
 O Hero mio o Hero mis entrañas,  
 Que dolor sera el tuyo, quando vieres  
 A porilla del'agua, llantendido  
 Este tu cuerpo, sin esta alma tuya,  
 Por que voy para tí, de tí me parto,  
 Despidome de tí, para tí yendo,  
 O'traño delpidar, o'traña ida,  
 Que la fuerça que pongo por hallarte,

*belleza con  
pauca  
mel.*

*Esto si que  
es sensible  
este el amor  
con amor  
no se le go-  
ra a porilla  
o' e'traña  
de bodas, bodas!*

*¡O Hero, o Hero, mis entrañas,  
 qué dolor será el tuyo quando vieres  
 al'orilla del'agua 'star tendido  
 este tu cuerpo sin esta alma tuya!  
 Porque voy para tí, de tí me parto;  
 despídome de tí, para tí yendo.  
 ¡O' extraño despidir, o'traña ida,  
 que la fuerça que pongo ya en hallarte,  
 toda la veo puesta ya en perderte!*

A: «bellas comparaciones.»  
 «Esto si que es sensible, esto es saver escribir y  
 saber lo que es amor. Ó Amor:::::!»  
 Al margen izquierdo: «OJO y reflexion»  
 B: «¡oh bobo, bobo!» (fol. CXVIIIr).

13

*No te duela, o mi bien, mi muerte tanto  
 como triste el temor que ha de dolerte.  
 Tiempla tu amor después de ser yo muerto  
 que aun allá do' stuviere terné alivio  
 cada vez que supiere de tu vida,  
 y allí descansaré con tu descanso,  
 y gozaré de quanto tú gozares  
 como aquí gozaría si quisieses*

A: «que ternura!» (fol. CXVIIv).

14

*La postrer cosa que hizo el desdichado  
 fue alçar los ojos a mirar su lumbre  
 y aquel poco d' aliento que tenía  
 echóle todo en un gemido baxo,  
 embuelto en la mitad del nombre d' Hero,  
 y allí un golpe le dio del mar, tan bravo,  
 que le sorbió del todo en un instante,  
 y en este mismo punto un torbellino  
 acabó de matar la lumbrezilla.*

A: al margen izquierdo: «Conque propiedad dice  
 que al mismo tiempo se apago la lumvre»; y al  
 margen derecho: «¿quien no se enternece: hay  
 descripción semejante en algun poeta?»  
 B: «El que puso la nota anterior habia leído pocas  
 poesias» (fol. CXVIII).

15

Al final de la fábula de *Leandro* (fol. CXVIIv).

A: «Quien no haya amado o no ame no lea esto,  
 pues no podra conocer la afluencia ni la fuerza del  
 estilo: los que amen y hayan sido desgraciados  
 son los unicos que penetraran en lo melifluo y  
 sensible de este canto.»

16

Respuesta de Boscán a Don Diego  
 de Mendoza «Holgué, Señor, con vuestra carta  
 tanto»

«Esta carta es de lo mejor que hai escrito, digna  
 de leerse con mucha reflexion.» (fol. CXXXIIIr).

17

A: «Que delicioso es esto para un corazon  
 sensible!»  
 B: «¡que barbaridad!!» (fol. CXXXIVr).

LIBRO. 40

Soltan mis plazer dar cuydados,  
 Y al tiempo que venian a gustarse,  
 Ya llegauan a mi casti dañados.  
 Agora el bien, es bien para gozarfe!  
 Y el plazer, es lo que es, que siempre plazer  
 Y el mal ya con el bien no ade juntarse.  
 Al fatiffecho todo fatiffazer,  
 Y así tambien ami por lo que e hecho,  
 Quanto quisero, y desseo, se me haze.  
 El campo que tra de batalla el lecho,  
 Ya es lecho para mi, de paz durable.  
 Dos almas ay conformes en vn pecho.  
 La mesa en otro tiempo abominable,  
 Y el triste pan que'n ella yo comía,  
 Y el vino que beuia lamentable,  
 Infeltandome siempre alguna harpia  
 Que en mitad del deleyte, mi vianda  
 Con amargos potajes embolula.  
 Agora el casto Amor, acude, y manda,  
 Que todo se me haga muy sabrosot  
 Andando siempre todo como anda.  
 Demanera Señor, que aquel rrepolo  
 Que nunca alcançe yo, por mi ventura,  
 Con mi filosofar triste y pensot:  
 Vna sola muger me pafegura,  
 Y en perka faxon me da en las manos,  
 Victoria general de mi gultura.  
 Y aquellos pensamientos míos tan vanos,  
 Ella los va borrando con el dedo,  
 Y escríue en lugar dellos otros plamos

18

TERCERO. Fo. CXXXVII.

Así que yo ni quiero ya, ni puedo  
 Tratar, fino de vida descañada,  
 Sin colgar de' speranza' nt de miedo.  
 Ya estoy pensando, stando en mi posada  
 Como podre con mi muger bolgarme,  
 Teniendola en la cama d' laucada.  
 Pienso tambien en como e de vengarme,  
 Dela pasada vida con la de ora,  
 En como e de saber della burlarme.  
 Otras vezes tambien, pienso algun' ora,  
 Las cosas de mi hazfenda sin codicia,  
 Avn que' sta comunmente es la Señora,  
 Bien pueae el labrador sin auaricia,  
 Multiplicar cada año sus graneros,  
 Guardando la igualdad dela justicia,  
 No curo yo de hazer cauar mineros,  
 De venas de metal, ni otras riquezas,  
 Para alcançe gran suma de dineros.  
 Solo quiero escufar tristes pobrezas,  
 Por no sufrir soberulas d' bombres vanos,  
 Ni de ricos estrechos, estrechezas.  
 Quiero tener dineros en mis manos,  
 Tener, para tener contenta vida  
 Con los hidalgos, y con los villanos,  
 Quien quiera se demande, y se defienda,  
 Buscando el oro puro, y reluziente,  
 Y la concha del mar lido vendida.  
 Quienquiera este cuydoso, y diligente,  
 Haciendo granjear grandes jugadas,  
 De' tierra do' aproueche la semiente,  
 V ij

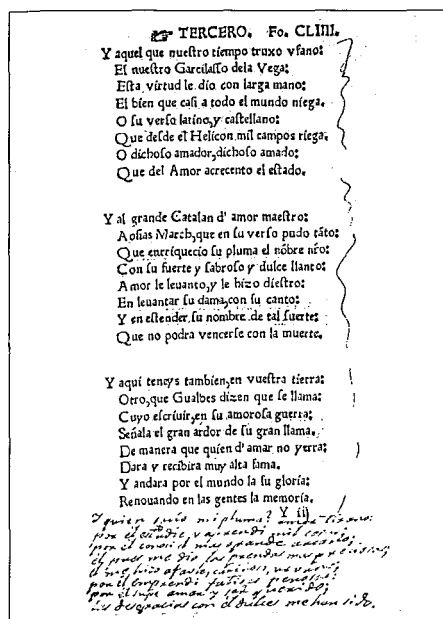
A: «Todo es dulce y encantador»  
 B: «¡Oh! Como un caramelo!» (fol. CXXXVIIr).

19

Tras la enumeración de poetas enamorados  
 que da Boscán en la *Octava rima*, inserta a pie de  
 página estos versos originales:

«Y quien guío [sic] mi pluma? Amor Tirano:  
 por él estudie y aprendi mil cosas;  
 por él conoci el mas grande arcano;  
 él pues me dio las prendas mas preciosas;  
 él me hizo afavle, cariñoso, urvano;

por él emprendi fatigas penosas;  
por él supe amar y ser querido;  
las desgracias con él dulces me han sido.»  
(fol. CLIIIr).



20

*Nunca en todo el processo de mi vida  
cosa se me cumplió que dessease*

A: «à mi...»

B: «¡pobrecito!!...» (fol. CLXXVv).

21

*El fruto que d'aquí suele cogerse  
mil es amargo, alguna vez sabroso,  
mas mortífero siempre y ponzoñoso.*

A: «OJO»

B: «al cristo!... (Fol. CLXXVlr).

#### CONCLUSIÓN

Luego, como conviene en una conclusión, se extraerán generalizaciones sobre diversos aspectos de estas apostillas. Me detendré ahora en la última del apostillador B, que aprovecha el OJO de A para burlarse con una frase hecha irreverente: ¡[ojo] al cristo!... Quien escribió esta *boutade* con dificultad podía pertenecer al bando de los *neos*. Más bien era un positivista, que admiraba quizá más a Darwin, e incluso a la poesía de Campoamor, que, por supuesto, a la de generaciones anteriores. Curioso personaje que no se limita a atacar al sensible y tierno apostillador neoclásico, llamándole *¡oh bobo, bobo!* [12], sino que su inquina denominémosla, para ser benévolos, «disidencia estética», es tal, que se extiende a toda una sensibilidad y a una visión del mundo de la que discrepa desde la raíz: ¡A bobos! [1]. Ese plural es altamente significativo, y, además, muy cruel. No soy partidario, o muy poco, de los análisis psicológicos de los textos. En este caso, sin embargo, creo que hay una profunda diferencia

entre ambos apostilladores. El primer apostillador, A, es, en mi opinión, una persona buena, excelente, que se identifica con Boscán por su caso amoroso personal y, sobre todo, por una sensibilidad estética común. Quien anota un texto se expone, evidentemente, a que alguien en un futuro cercano o lejano, lea sus apostillas. Creo que los dos quisieron que sus notas pasaran a la posteridad. ¿Para qué hablar de la *Anécdota* de Eloísa y Aberlado? ¿Para qué la octava original? ¿Para qué las observaciones sobre retórica? Sin ninguna duda A escribe para sí y ahí están los OJO y las REFLEXIÓN y las innumerables acotaciones marginales, pero incluye ciertas apostillas que delatan su interés para pasar a la posteridad. En otras palabras: *apostillo, defendiendo mis ideas estéticas. para que me lean en el futuro.*

Y, en efecto, B leyó esas apostillas con la malignidad que se ha señalado. Pertenecía B a un mundo distinto, ajeno a cualquier ramalazo sensiblero. Todas las observaciones de su antecesor le parecen pueriles y cursis. Son, en su opinión, una sarta de disparates críticos, porque para él esas apostillas candorosas -que lo son-revelan una actitud débil e ingenua ante un presente, apenas medio siglo, que funda sus criterios estéticos en otros pilares más sólidos: los que ofrece un racionalismo positivista que considera absurdos otros juicios basados en una sentimentalidad ya en plena decadencia. Y los defendió -con buena letra, hay que decirlo- en esas groseras e infames apostillas al apostillador dieciochesco.

La Historia literaria, como parte de la Historia, intenta organizar la complejidad del material de que dispone: un conjunto muy amplio de textos diferentes, diversos entre sí, con más o menos afinidades estéticas o, mejor, ideológicas. Al arrimo de la Historia del Arte, ha dividido su historiografía con distintos marbetes como Renacimiento, Manierismo, Barroco, Rococó, Neoclasicismo, Romanticismo, Realismo... Tampoco soy demasiado partidario de utilizar esas categorías aunque, en definitiva, sirven como criterios de inteligibilidad histórica y son necesarias para no perdernos en esa selva textual. Como neoclásicos suele considerarse a Cadalso, Jovellanos, Meléndez Valdés, Leandro Fernández de Moratín, Iriarte, Forner, y demás. Y las diferencias de tono, incluso en un mismo autor, son en numerosos casos abismales. Confieso, sin embargo, que me ha sorprendido cómo se ajusta el universo estético y sentimental de ambos apostilladores a los paradigmas más generales de la historiografía literaria. Y, sin embargo, la explicación es sencilla: ambos lectores asumen sin discrepancia alguna la ideología de su tiempo y la defienden con pasión en esas escasas pero esclarecedoras apostillas. Más difícil es encasillar en un *totum revolutum* a los grandes autores. De ahí las divergencias clasificatorias entre los historiadores. Dígallo, si no, la obra de nuestro querido Russell P. Sebold, ejemplo paradigmático de rebeldías críticas. Como debe ser en un ilustrado.

## NOTAS

\* Este artículo se escribió en 1999 para el Homenaje a Russell P. Sebold, pero no llegó a tiempo de ser incluido.

1. Son notas interesantísimas en las que, por ejemplo, cita una jácara suya para atestiguar a Aristóteles (en Luisa López Grigera: *Anotaciones de Quevedo a la «Retórica» de Aristóteles*, Salamanca, Universidad, 1998, pp. 78-79).

2. Antonio Alatorre: «Garcilaso, Herrera, Prete Jacopín y Don Tomás Tamayo de Vargas», *Modern Language Notes*, LXXVIII, 1963, pp. 126-151.

3. Lo más probable es que se trate de una firma para controlar la tirada, lo que confirmaría su participación y reconocimiento de la *Parte Cuarta*. De todas formas no debió de resultar muy eficaz, pues en otros dos ejemplares de la misma edición no figura su firma ni en la portada ni en el colofón, como era costumbre.

4. Quiero agradecer a mi querido amigo el librero Diego Gómez Flores el que me permitiera hacer fotocopia del folio en que aparece el nombre de la poseedora. El ejemplar salió a la venta hace unos veinte años. No sé quién lo pudo adquirir. Como se puede ver por la lámina 1, el nombre de la monja y del monasterio ha sido manipulado, *ma non troppo*, en época antigua. Luisa Malars está documentada hacia 1550 en el monasterio de San Daniel de Gerona. Hay que añadir que en ese folio van los dos sonetos primeros de Boscán en que se arrepiente de haber navegado por el proceloso golfo de sus pasiones. Quizá la monja se enclaustró o la enclaustraron, como a santa Teresa, por el mismo motivo.

5. Para el concepto «buen tiempo» remito a un espléndido artículo de Russell P. Sebold: *Descubrimientos y fronteras del neoclasicismo español*, Madrid, Fundación Juan March-Cátedra, 1985, pp. 65-90.

6. Fue ejemplar que compró Javier de Salas en Londres y describió con detalle Marías (1996).

7. Un caso ejemplar es el del ms. 23/4/1 de la Biblioteca Bartolomé March, de hacia 1580, con apostillas de dos lectores bastante disidentes. *Vid.* Gerardo Salvador: «Notas marginales para la edición de la poesía del Siglo de Oro» en *Actas del I Congreso de Jóvenes Filólogos*, II, La Coruña, 1999, pp. 621-628.

8. Las *Obras* de ambos autores se publicaron fuera, en Amberes, en 1569, 1576 y 1597.

9. Elías L. Rivers: «Garcilaso divorciado de Boscán», *Homenaje a Rodríguez-Moñino*, Madrid, Castalia, 1966, pp. 121-129.

10. «El que quisiere saber su verdad [se refiere a Herrera], imítele y léale; que de Garcilaso no pienso hablar palabra, pues han llegado algunos a tanta libertad, que llaman poetas mecánicos a los que le imitan; cosa tan lastimosa, que, por locura declarada, carece de respuesta», en *Respuesta a un papel que escribió un señor de estos reinos en razón de la nueva poesía*, incluido en *La Filomena*, Madrid, 1621, pp. 198-199.

11. Sebold denomina a este movimiento de recuperación del siglo XVI, como Azorín, *neoclásico* en: «Azorín ante los clásicos y los románticos», *Anales Azorinianos*, 1, 1996, pp. 257-267; y «Mena y Garcilaso, nuestros amos: Solís y Candamo, líricos neoclásicos», *Anejos de Dieciocho*, 1, 1997, pp. 155-172.

12. Para la recepción de Garcilaso en el siglo XVIII *vid.* R.P. Sebold: *Descubrimientos y fronteras del neoclasicismo español*, Madrid, Fundación Juan March-Cátedra, 1985, pp. 65-89. De todas formas su «buen gusto» y su «naturalismo» impedían a Azara apreciar ciertos valores del toledano, como su delicado conceptismo. Por ejemplo, al anotar el Soneto V, comenta: «Los versos 5 y 9 de este soneto son durísimos. Garcilaso en éste, y en casi todos sus sonetos, habla del amor con tantas figuras y con ideas tan poco naturales, tan extraordinarias y confusas, que apenas se acierta con lo que quiere decir. De los Italianos, a quien imitó, contraxo este mal gusto de espiritualizar, por decirlo así, las cosas más naturales y sencillas, envolviendo unos pensamientos claros en sí con mil rodeos y contraposiciones que cansan en vez de agradar. Sus Églogas son cosa muy distinta.» (cito por la edición de Barcelona, 1804, p. 247). Azara alteró el orden habitual y abrió las *Obras* con las églogas y las cerró con los sonetos y las canciones octosilábicas, como hicieron después don Adolfo de Castro en BAE y don Tomás Navarro Tomás en *Clásicos Castellanos*, quien siguió, en cambio, el texto de Herrera.

13. *Vid.* ahora la edición de la poesía de Boscán llevada a cabo por Carlos Clavería: *Obra Completa*, Madrid, Cátedra, 1999, p. 25.

14. Marcelino Menéndez y Pelayo: *Antología de Poetas Líricos*, X. Edición de E. Sánchez Reyes, Santander, Aldus, 1945 (t. XXVI de las *Obras Completas*, Edición Nacional, CSIC), pp. 333-413.

15. *Ib.*, p. 358.

16. Parte de los juicios de Herrera pasaron a la *República Literaria* de Saavedra Fajardo, tan apreciada desde Mayans: «En los tiempos de Garci Laso escribió Boscán, que por ser extranjero en la lengua, merece mayor alabanza, y se le deben perdonar algunos descuidos en las voces.» (*Obras Completas*. Edición de A. González Palencia, Madrid, Aguilar, 1946, p. 1151b). Conviene recordar, sin embargo, que la primera redacción del texto de la *República*, que no sé si es de don Diego (*vid.* A. Blecua: *Las «Repúblicas literarias» y Saavedra Fajardo*, Barcelona, RABLB, 1984; y *El Crotalón*, I [1984], pp. 67-97), contiene este divertido ataque a Herrera, desaparecido en la segunda: «Y Hernando de Herrera alcanzó tiempos en muchas cosas incultos, pero con particulares observaciones, ayudadas del conocimiento de muchas lenguas y letras pulidas, y de un juicio claro y asentado, los cultivó, dejando abierto camino por donde fácilmente llegasen los ingenios venideros a perfeccionarse; lo cual él no pudo alcanzar por faltar la vena y espíritu, y así es duro y escabroso, vicio ordinario de los hombres doctos, o porque menosprecian la facilidad o por la escasez de naturaleza en repartir sus dones.» (*Obras Completas*, p. 1152a n.).

17. Las alusiones a Boscán en *La Poética* son las siguientes: «Juan Boscán (según la opinión de muchos y lo que él mismo dice) fue el primero que introdujo en España, al principio del siglo décimo sexto, los endecasílabos, como se usaban en Italia en sonetos y en canciones. Este docto catalán se encontró en Granada con el Navagero (que creo haber sido Andrés), célebre varón y de los más eruditos de Italia en aquel siglo; y como la plática de estos sabios cayese, como era natural, sobre las buenas letras y sobre la poesía, de quien ambos eran amantes y entendidos, el Navagero rogó al Boscán que probase en lengua castellana los sonetos y otras especies de poesía usadas en Italia. De este impulso movido el Boscán compuso sus rimas e introdujo el primero en España el gusto de los sonetos y canciones y demás poesías de Italia, imitando en sus obras la llaneza de estilo y las sentencias de Ausias March y del Petrarca, cuyas joyas, como dice Herrera, se atrevió traer en su no



bien compuesto vestido, y aunque se descuidó algo en el ornato de la locución y en la armonía del verso, merece disculpa, así por haber sido el primero en este género de versos, como por ser extranjero en la lengua en que escribió, y no tener en aquella sazón, ni en la habla común de España, ni en la poesía, a quien escoger y seguir por guía segura». (*La Poética*. Edición de R.P. Sebold, Barcelona, Labor, 1977, I, III, 1737, p. 134).

«Esta utilidad de los versos líricos, aunque sus asuntos sean amorosos, es la que expresa el Boscán en el primer soneto, declarando el intento en que escribía sus rimas». Y copia a continuación el soneto «Nunca de amor estuvo tanto contento...» (alude también al soneto de Garcilaso, «Cuando me paro a contemplar mi estado...») y unos versos de Mal Lara, «Volviendo por las horas que he perdido...», que toma de las *Anotaciones* de Herrera (II, II, 1737, pp. 195-196).

«En esto se descuidaron mucho nuestros poetas que concurren a la introducción de la nueva poesía, como Boscán, don Diego de Mendoza y otros...» (II, XXIII, 1789, p. 363).

18. Manuel Lanz de Casafonda: *Diálogos de Chindulza*. Edición de Francisco Aguilar Piñal, Oviedo, Cátedra Feijoo, 3, 1972, p. 30. Cita a Garcilaso, Ercilla, Villaviciosa y *La Gatomaquia* de Lope. Es curiosa la exigua lista de autoridades, pero los tres poemas épicos tuvieron, como es sabido, singular éxito popular en los siglos XVIII y XIX.

19. Velázquez utilizó, en efecto, la carta de Boscán a la duquesa de Soma, que abre el libro Segundo. Sin embargo, para la enumeración de las obras, se sirvió del privilegio, solicitado por la viuda, e hizo mal, porque esa lista de obras corresponde no al texto impreso, sino a un manuscrito en el que andaban mezcladas las obras de su marido y de Garcilaso, pues Boscán, desde luego, no escribió églogas ni elegías. No he podido consultar la traducción alemana de los *Orígenes* llevada a cabo por Johann Andreas Dieze (Göttingen, 1779), que don Marcelino alaba porque «es una obra enteramente nueva, de sólida y exquisita erudición, y sin duda el mejor manual de literatura española que produjo el siglo XVIII, con gran ventaja sobre otros más modernos.» (*Op. cit.*, p. 359).

20. Quizá se refiera a los versos 289-360 del *Capítulo* donde se relata el sacrificio de Ifigenia. Aunque podría tratarse de una traducción perdida basada posiblemente en la latina de Erasmo. *Vid.* Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, pp. 134 y 272.

21. Gregorio Mayans y Siscar: *Retórica en Obras Completas*, III. Edición de Antonio Mestres Sanchis, Valencia, Ayuntamiento de Oliva, 1984, pp. 353, 364 y 494 respectivamente.

22. Para el término *buen gusto*, *vid.* ahora Francisco Aguilar Piñal: *Introducción al Siglo XVIII* en R. de la Fuente: *Historia de la Literatura Española*, t. 25, Madrid, Júcar, 1991, pp. 164-169. Creo que la primera mención del sintagma es de 1580 y se halla en las *Observaciones* de Prete Jacopín a las *Anotaciones* de Herrera: «cuanto más que merece ser estimado de todos los que tuvieren buen gusto» (en Juan Montero: *La controversia sobre las Anotaciones herrerianas*, Sevilla, Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento, 1987, p. 128. Es sintagma que repitió fray José de Sigüenza (1605) en su elogio del *Lazarillo*: «con tan singular artificio y donaire, que merece ser leído de los que tienen buen gusto.» (Fray José de Sigüenza: *Historia de la Orden de los Jerónimos*, NBAE, Madrid, Bailly-Baillière, 1909, II, p. 145b).

23. Juan José López de Sedano: *Parnaso Español*, Madrid, Ibarra, 1768-1779, 9 vols. Se citan los volúmenes I (1768), II (1770), IV (1776) y VIII (1777).

24. Para las descripciones de estas antologías, *vid.* Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, pp. 360-366. Para otras citas, María Teresa Bautista Malillos: *Poesías de los siglos XVI y XVII reimprimadas en el siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1988.

25. La *Colección*, publicada en Madrid por Real Orden en 1849, constaba de cinco gruesos volúmenes para los respectivos cursos de los alumnos de secundaria. Aquéllos sí que eran *buenos tiempos* para la enseñanza pública y privada. Me ocupó de la *Colección*, que se cierra, nada menos, con el texto íntegro de *La Comedia nueva o el Café* -y en los clásicos con el *Heauton Timorumenos*- en un próximo estudio.

26. El contexto de la carta es el siguiente: «¿Y qué quieres que haga de los libros? En Barcelona me desengañaron, diciéndome que sacaría poco más de lo que valen al peso, porque allí, *nisi utile est quod facimus, stulta est gloria*. Física, matemáticas, geografía, botánica, medicina, economía política, artes y oficios, de eso entienden, y eso estudian; y dígame, acá para entre los dos, que no van muy descaminados. Si preguntas allí por el Sr. Juan Boscán de Almogáver, ninguno te dará razón de él en todo el Principado.» (Leandro Fernández de Moratín: *Epistolario*. Edición de René Andioc, Madrid, Castalia, 1973, p. 386). La carta va dirigida a Melón el 5 de noviembre de 1817. Y en carta a Conde del 24 de Julio de 1816 menciona el probable robo de su edición de Boscán: «¿Y de libros? ¿Cuántos se han quedado entre las uñas de la divina Astrea? A mí no me han robado más que una tercera parte de ellos, y no los peores; bien que habiéndose escabullido tres sillerías enteras, las mesas, la cómoda y otros muebles de igual magnitud, no es mucho que la *Madre Celestina*, el *Lazarillo*, *Boscán*, el *Cancionero*, el *Romancero*, la *Propaladia* y otros ciento se hayan extraviado también, a pesar de la exactitud y buena fe con que habrán procedido los S<sup>tes</sup>. Ministros de la que llaman Justicia.» (*ib.*, p. 341).

27. Hay una nota en hoja suelta de un poseedor anterior, plausiblemente un librero, que dice: «Este ejemplar es el que informa Palau con privilegio portugués y debía tener el escudo portugués encolado.» El ejemplar está firmado, al final, del colofón por Fontanella, con letra del siglo XVII, quizás el célebre dramaturgo catalán, que tan bien leyó a Garcilaso. Con letra del siglo XVIII tardío aparecen las firmas de Pedro Zamora, al margen del folio XCVIII, y de Braulio Quintanilla, al del folio CVII, que es anterior al apostillador, porque una de sus notas se superpone. En el anverso de la tapa postrera de la encuadernación postrera, la de Felipe Ortacel con letra de principios del siglo XIX.

28. Antonio Armisén: *Estudios sobre la lengua poética de Boscán*, Zaragoza, Pórtico, 1982.

29. En las transcripciones he mantenido, contra los criterios editoriales de la revista, la grafía, acentuación y puntuación porque son significativas.

30. Corominas da la primera aparición de *anécdota* en Cadalso, 177-182 (todavía Terreros trae *anécdotos*). Debía corresponder el término al género de las historias amorosas con dos protagonistas, como en Ignacio García Malo: *Voz de la Naturaleza* [1799]. Edición de Guillermo Carnero, Londres, Tamesis, 1995.

31. Tomo estas noticias de Cueto (Leopoldo Augusto de Cueto: *Poetas líricos del siglo XVIII*, BAE, LXVII, Madrid, Rivadeneira, 1875, pp. 624 y 625), que incluye la adaptación de Marchena, y de Menéndez Pelayo, que da las fechas de publicación y censura en *Historia de los Heterodoxos Españoles* (Madrid, BAC, 1956, II, pp. 754-755), aunque Cueto (p. 628)

las consideraba inéditas: «Esta contestación de Abelardo a la epístola de *Eloísa* no es obra de Pope. Es una imitación de las varias heroidas que, siguiendo las huellas de Ovidio y de Pope, escribieron en Francia La Harpe, Colardeau, Beauchamps y algunos otros.

«La presente epístola y la anterior estuvieron prohibidas durante mucho tiempo en España. Se imprimieron al cabo, pero sirviendo de texto copias muy imperfectas. Al darlas ahora de nuevo a la estampa, hemos confrontado los impresos con antiguos manuscritos; adoptando de éstos, las correcciones y supresiones que hemos juzgado convenientes.», pp. 624-628. Según me comunica Sergio Beser, a quien debo también la referencia a Olavide, Cueto confunde la autoría y el texto que reproduce no es de Marchena sino el de Maury.

En el catálogo núm. 7 de la Librería Camagüey, Madrid, 1988, aparecía como anónima una *Historia de Abelardo y Heloísa*, Barcelona, 1820. Desconozco si se trata de una traducción de las varias versiones que circularon en Francia (vid. Charles Charrier: *Heloïse dans l'histoire et la legende*, Genève, Slatkine, [1933], 1977) y si está incluida en la recopilación que hizo Bergnes de las Casas en 1839, que contenía la traducción de Monlau de la *Historia Calamitatum* y varias traducciones e imitaciones españolas, entre ellas las de Maury y Marchena (vid. Santiago Olives Canals: *Bergnes de las Casas. Helenista y editor*, Barcelona, CSIC, 1947, p. 98).

32. Marcelin Defourneaux: *La Inquisición española y los libros franceses en el siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1973, pp. 192-193.

33. Buen ejemplo de la tesis defendida siempre por R.P. Sebold: *Trayectoria del Romanticismo español*, Barcelona, Crítica, 1983; *Descubrimientos y fronteras...*, ed. cit. en n. 5; y *El rapto de la mente*, Barcelona, Anthropos, 1989<sup>2</sup>, etc.

34. En *Introducción al Siglo XVIII*, ed. cit., p. 208.

35. Transcribo, como se ha indicado, las anotaciones manteniendo la grafía, acentuación y puntuación. En el texto de *Las Obras* me limito a regularizar *u* con el de valor de *v* y a la inversa, aunque acentúo y puntúo según el uso moderno, como he hecho con todos los textos citados. En los ejemplos de Boscán sólo transcribo parte de aquellos pasajes que el apostillador ha indicado con mayor vehemencia. Con la sigla *A* me refiero al primer apostillador y con la *B*, al segundo. Doy el subrayado de *A*. En alguna ocasión mantengo los espacios entre el fin de la frase y el punto porque revelan el estado anímico del apostillador.

36. El lector *A*, presumiblemente catalán, enmienda el texto en *estoi*, mal, porque sobra una sílaba. Debe decir *estó*.